



XLVII

SENORES, y los que deben guardar y aumentar estas tradiciones, de las cuales viven los pueblos como del aire respirable, entregan los huéspedes á sus verdugos. La bandera española parecerá más pálida á los ojos de los españoles diseminados por el Nuevo Mundo, desde que no sirve para proteger y amparar la desgracia. Solamente los que hayan estado en la expatriación forzosa comprenderán lo que significa el color del pabellón nacional visto por un desterrado. Yo recuerdo la tarde que salí de Marsella para Italia en mi primera emigración. Miraba con indiferencia la selva de mástiles que se balanceaba á ambos lados; la ciudad focense, que se perdía á lo lejos; las gaviotas volando en-

tre nuestras velas y los delfines siguiendo la estela de nuestra quilla, todo lo que me circuí; cuando de pronto veo los colores nacionales, y la sangre hirviendo se agolpa á mis sienes, y la electricidad vital se centuplica por mis nervios, y veo en extranjera tierra y en extranjeras aguas desde el hogar de mi infancia hasta el sepulcro de mis padres, y oigo desde los acentos de nuestras campanas hasta las cuerdas de nuestra lira, y siento desde la comunidad de ideas que tengo con mis conciudadanos hasta la comunidad de átomos que hemos recogido en las cenizas de tantas generaciones sacrificadas en mil combates; que esos símbolos gloriosos evocan milagrosamente el alma sublime de la patria. No puedo creer que la bandera española haya sido manchada, no lo creo; pero si lo fuera, lavadla, aunque sea con sangre, á fin de que la miren y la bendigan como el sol que los alumbraba y los vivifica, todos los españoles en toda la redondez de la tierra.

Yo maldigo, señores, de la política que desconoce las afinidades de raza, las tradiciones de historia, los lazos de consanguinidad cuya virtud une ciertos pueblos entre sí. Las

naciones no pueden ser como los irracionales, que en cuanto no los necesitan, desconocen á su padre y á su madre. ¿No os causa pena ver que mientras Francia é Italia hacen cuanto pueden por la santa madre de todos, por Grecia, nosotros apenas pensamos en esa nación prestigiosa, á la cual como hombres debemos lo que más honra al género humano, la ciencia y el arte; como españoles, lo que más embellece nuestro suelo, el coro espléndido de las ciudades mediterráneas? Francia, aun después de sus derrotas, que le aconsejaban cierta prudente neutralidad, se ha constituido en protectora de Grecia, trabajando por recobrar Janina; é Italia misma, á pesar de ciertas ambiciones propias de la juventud que le ha infundido su regeneradora libertad, trabaja por que se extienda por la Thesalia. Y á nosotros, occidentales por excelencia, no puede sernos indiferente, no, que las costas orientales del Mediterráneo se hallen ocupadas por una raza de compleción diversa á la nuestra, como la raza eslava, ó por una raza de nuestra misma sangre y de nuestra misma historia, como la raza griega. Hace dos años tuve el honor de ar-

güir desde aquí al Gobierno anterior sobre su política en la cuestión oriental, y decirle que tarde ó temprano todo el Occidente se interesaría por Grecia. Mis pronósticos se han cumplido. Permittedme felicitar á los ilustres presidentes del Consejo en Francia é Italia, y al jefe de la oposición liberal en Inglaterra, por sus generosos esfuerzos. Disculpádmeme si os increpo á vosotros por vuestra criminal indiferencia. Y cuenta que hay relaciones naturales y eternas entre Grecia y España, las cuales, alzadas á los dos extremos de la parte meridional de nuestro continente, cumplen idénticos destinos. Grecia es descubridora de Europa, como España la descubridora de América; Grecia oye una voz que la obliga á correr hacia el Occidente del Atlántico. Grecia trae al viejo mundo occidental la civilización clásica. España lleva al Nuevo Mundo occidental la civilización cristiana; Grecia infunde las primitivas ideas de Asia por la Historia antigua, transformándolas en el Ática, y España infunde las nuevas ideas del Asia por la Historia moderna, transformándolas en Andalucía; Grecia impide en una guerra de siglos, hasta caer vencida, que

el mahometano se apodere de todo el Oriente europeo en la Edad Media, y España, en otra guerra de siglos, hasta ser victoriosa, impide que el mahometano se apodere del Occidente; nosotros debemos á Grecia nuestra primitiva cultura, y Grecia nos debe á nosotros la batalla de Lepanto, el precedente secular de Navarino; Grecia y España son igualmente necesarias aún al mundo, porque en medio de esta vida moderna, un poco aquejada de tendencias utilitarias y egoístas, representan, por el esplendor de sus respectivos cielos y las aptitudes de sus respectivas razas, el sentimiento en la vida, el heroísmo en la guerra, el ideal y la poesía en el arte, cualidades con que fueron grandes en lo pasado y volverán á serlo en lo porvenir: que nunca se pierde en la tierra la influencia del genio, ni en los humanos anales se acaba la virtud de la inspiración y de la gloria.

¡Y cuántas veces paseándome por nuestras costas mediterráneas, he visto aquí y allá barcos encallados en la arena, podridos, sin empleo, por causa de ese retraso! Y ahora he visto más; he visto que Alemania, que

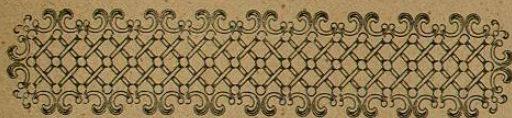
Inglaterra, han dirigido su voz á las repúblicas beligerantes del Pacífico para llamarlas á la concordia y no la ha dirigido España. ¿Comprendéis algo más triste? ¿Comprendéis algo que deba apenar tanto á un corazón español? Si América se estremece, si América se retuerce en el dolor y España no la consuela, ¿quién la consolará? Si estoy por decir que bajo otros Estados, bajo otras formas de Gobierno, bajo mil nacionalidades diversas, aquel continente es más español que nuestra misma tierra.

Las escondidas nubes del trópico guardan aún la ardiente mirada de Pinzón; las islas de las Antillas han sido vistas por la vez primera desde el mar con los ojos de un Rodrigo de Triana; por los campos de la Florida anda errante la sombra de Ponce de León, que pasara en alas de su fe desde las vegas de Granada á las vegas del Nuevo Mundo; la tierra del Yucatán ha sido adivinada por un Fernández de Córdova, y por un Grijalba descubierto el inmenso imperio mejicano; la primera visita al Golfo, que es por excelencia el seno comercial del joven continente, se debe á un Garay; la aparición

de la Carolina Meridional en la escena de la historia, á un Vázquez; ese gran río, esa arteria de los Estados Unidos, que lleva sobre sus caudales los productos de los más gigantescos trabajos, el Mississipi, yacería aun ignorado si un Soto no lo descubre entre fatigas increíbles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer tomarle las tribus salvajes por un dios sobre la tierra, los nombres sublimes del Dios de los cielos: el estrecho de Magallanes y el mar Pacífico han sido surcados por la nave *Santa Victoria* á la sombra de la bandera de España, pues por doquier, lo mismo en las costas que en las selvas, lo mismo en los campos que en los montes, lo mismo en las arenas del mar que en las estrellas del cielo, se refleja esta santa imagen de la patria; y ¡España! dicen los volcanes y los ventisqueros, los aludes de los Andes; ¡España! los desiertos de la tierra caliente y las pintadas selvas del Paraguay; ¡España! las ondas del Plata y las ondas del Amazonas; porque el genio de España, extendiéndose allí como las alas del águila sobre su nido, avivó con el calor de

su propia vida las naciones del Nuevo Mundo destinadas á renovar la historia con sus ideas y á embellecer é iluminar nuestro planeta con su vívida luz.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el 8 de Junio de 1879.)



XLVIII

NO acabara nunca, si dijera cuántas grandezas poéticas, dignas de equipararse con sus grandezas industriales, encierra este siglo nuestro, rico y vasto como el mar, que contiene algas y esponjas, corales y perlas, detritus de organismos destruidos y gelatinas donde se encierra el germen de nuevos organismos. Así el empeño de cuantos aman á la patria con amor desinteresado y puro, debe ser bañarla en las aguas fortificantes del espíritu moderno, que robustecen y purifican, dando libertad al pensamiento, salud y energía al cuerpo. ¡Oh! para crecer las naciones necesitan servir á las ideas. ¿Y qué idea superior á las fundamentales y características de este nuestro